



HACIA UNA REVISIÓN DE NUESTRA PRÁCTICA DOCENTE

ASDRÚBAL PULIDO

En la actualidad las relaciones sistema educativo-mundo del trabajo no podrían ser más dramáticas: reducida capacidad de absorción del mercado laboral y disminución progresiva de los recursos humanos y financieros destinados a la preparación de los hombres del mañana.

De la Educación Básica a la Universidad -la escuela, considerada hasta hace poco instrumento de cohesión y movilidad social, es vista como un largo camino que conduce hacia ninguna parte. El título de bachiller, por ejemplo, ha dejado de ser el salvoconducto que franqueaba las fronteras de ingreso a la educación superior, la posesión de un título universitario no garantiza una inserción en la vida activa, consona con la formación recibida en los laboratorios o en las aulas de clase. Sin embargo, la lucha por la obtención de diplomas -otros prestigiosos- prosigue. ¿Durante cuánto tiempo el Estado continuará sufragando los costos que ocasiona una instrucción que inexorablemente parece dirigirse hacia el *impasse*?

Las universidades nacionales, a pesar de haber instaurado una política de *numerus clausus*, se encuentran abarrotadas de jóvenes que objetivamente no tienen nada que buscar y que, por lo demás, no

realizan esfuerzo alguno por vencer sus dificultades. Esto no favorece a nadie; por el contrario, contribuye al descenso del nivel académico en nuestras máximas casas de estudios, nivel que, de por sí, es ya bastante bajo.

Algunos miembros de nuestra comunidad piensan y actúan como si la institución universitaria fuese tan sólo una comunidad profesoral, olvidando así que, en última instancia, la columna vertebral de nuestra alma mater la constituyen los estudiantes. No es difícil encontrar colegas que tampoco son ni más ni menos sensibles frente a realidades diametralmente opuestas. En muchos casos, aún, cuando los grupos de estudiantes sean restringidos y los alumnos deseen realmente instruirse, se comportan de igual manera que si estuviesen ante un aula masificada. Otros, reducen su actividad al dictado de clases magistrales, actividad que -con muy ligeras variantes- año tras año se convierte en repetición oral pura y simple de manuales y guías. En la mayoría de los casos, sus evaluaciones (basadas en la memorización mecánica de contenidos) asfixia la capacidad de reflexión y análisis de los alumnos, quienes indirectamente graban en sus cerebros la idea de que todo problema sólo tiene una solución, se persuaden de la existencia de una verdad única y absoluta.

Por regla general, ese anacronismo pedagógico

desconcierta, desmoviliza al estudiante. No sin razón, el sector estudiantil, en su momento, se queja de la presencia de una gran cantidad de obstáculos que dificultan el normal desenvolvimiento de su actividad básica; falta de material documental y bibliográfico, poco contacto con los profesores, falta de orientación, etc. Además, sufren en carne propia los efectos de esa "lotería" que representan los exámenes con sus tradicionales "sorpresas" y "conchas de mango".

Una institución con estas características, lógicamente, nos lleva al encuentro del nuevo milenio en condiciones muy desventajosas. Pero, por grandes que sean las dificultades, en medio de este huracán de confusiones y desalientos, nuestra alma mater debe responder a los imperativos de una sociedad en vertiginosa y profunda mutación tecnológica.

Si pretendemos mejorar el rendimiento del trabajo universitario -tanto cualitativa como cuantitativamente- es menester desplegar un vasto esfuerzo colectivo. Esto implica retomar nuestra institución en su prístina acepción de universidades, de totalidad, de búsqueda de la verdad, de cultivo de la ciencias sin restricción alguna. Entraña también el convertir cada una de nuestras Facultades en lugares impregnados de calor humano, donde tanto los profesores como los estudiantes experimenten la satisfacción de ejercer dignamente su labor.

Como puede deducirse, es necesario revisar nuestro estilo de interacción con los alumnos, evitar las repeticiones mecánicas, erradicar de nuestros cursos las abstracciones exageradas, los injustificados derroches de erudicción que tornan inútiles e inaccesibles los contenidos de nuestras clases, mejorar y acrecentar la difusión de nuestro trabajo mediante el uso de recursos audiovisuales. De igual manera, debemos propiciar la formación de grupos de investigación y, por esta vía, fomentar el interés por el trabajo colectivo.

El trabajo con grupos reducidos, es susceptible

de aportar benéficos frutos, frutos que indiscutiblemente repercutirán en la orientación y esencia de nuestras clases magistrales e intensificarán el contacto efectivo profesor-alumno. Los estudiantes experimentarán la grata sensación de contar con el apoyo del profesor, la satisfacción de ser reconocidos como personas; de esta manera, desarrollarán el sentimiento de valor y pertenencia. Así, conscientes de la efectiva exigencia de su participación, buscarán el transfondo de nuestras conferencias, sus formas de elaboración y de exposición. Ante la incertidumbre del mañana, sólo el trabajo y la actividad reflexiva permitirán al estudiante avanzar con ciertas posibilidades de éxito.

En lo concerniente a la evaluación, el control continuo, la asistencia y participación en clase, la seriedad y puntualidad en la entrega de los trabajos asignados, son buenos indicadores del progreso de los alumnos. Asimismo, la producción de un trabajo final con calidad científica constituye un excelente criterio para re-evaluar las adquisiciones globales de los estudiantes y en lo que respecta a los exámenes, éstos han de certificar la posesión de un determinado nivel de conocimientos, cierta capacidad de análisis y de razonamiento; en otros términos, lejos de convertirse en meros ejercicios de memorización, deben constituir un esfuerzo de reflexión y comprensión. Finalmente, conviene no olvidar que los exámenes miden tanto la calidad de la enseñanza del profesor como la profundidad de los conocimientos adquiridos por los alumnos.

En la búsqueda de la verdad, múltiples son los caminos a transitar, diversas las dificultades a vencer, diásmiles las ideas a desarrollar y, en este sentido tanto los profesores como los alumnos estamos en la obligación de examinar periódicamente el progreso de nuestros respectivos trabajos. La universidad somos todos, y en consecuencia, tenemos el insoslayable deber de colocarnos a la altura de las exigencias.